

lina mantiene con este libro su larga y noble misión de exaltar los verdaderos valores del espíritu.—MILTON ROSSEL.

■ <https://doi.org/10.29393/At167-112MRGI10112>

GENTE EN LA ISLA, novela de Rubén Azócar.—Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939

Rubén Azócar inició hace años sus actividades literarias publicando dos libros de versos que le acreditaron como poeta de mediana categoría. Irrumpe este prolongado silencio literario con una novela, «Gente en la Isla», en que encontramos sus cualidades artísticas en plena sazón. Así, el balbuciente poeta de ayer es hoy uno de los mejores narradores chilenos.

El arte es algo serio, que requiere conciencia, estudio, reflexión, disciplina intelectual, a fin de que su realización sea lograda y no fallida como acontece tan frecuentemente en los que se inician en forma prematura. El arte no es un mero juego imaginativo cuyo instrumento sean las palabras. Si la intuición es lo fundamental, es la expresión su forma tangible sin la cual el arte pierde su virtud comunicativa. Así lo ha comprendido Rubén Azócar; por eso su novela es exacta en la observación de los hechos humanos; nítidas las características de los personajes; sucintas las descripciones, sin aditamentos superfluos; límpido el lenguaje, sin vicios ni errores propios de la improvisación o de la ignorancia.

«Gente en la Isla» es una novela regional, pues ambiente y personajes son de un rincón de la isla de Chiloé, lugar típico de Chile, donde aun sobreviven costumbres rancias y expresiones de lenguaje arcaicas, ya que fué el último rincón de la Colonia que se incorporó a la República. Sus habitaciones tienen las características propias de los isleños y viven enclaustrados en su orgullo nativo. Hay en esta novela una justa ecuación entre la pintura del ambiente con su colorido típico y los personajes

que allí viven. No se excede Azócar en las descripciones, que si bien le habrían dado un mayor relieve pictórico, le restarían interés humano. Sus descripciones son precisas, acaso excesivamente geográficas, pues nunca le vemos desprenderse de la realidad terrena para alcanzar vuelo poético: «las montañas se inclinan sobre el mar, al borde de los secretos fiordos, proyectadas como ilusorias nubes; las tierras aparecen peinadas de melgas de papas, con sus potreros de *gualputra*, sus huertos de manzanos, sus manchas de bosques que bajan suavemente o se empinan hasta el horizonte». Sin duda, para Azócar el elemento descriptivo, dentro de la novela, tienen un valor secundario; sólo sirve como de marco para ubicar a los personajes. Este aspecto de su novela es lo que primeramente nos llama la atención, pues pensamos, antes de leerla, que, dado el prestigio del paisaje de Chiloé, sería la pintura de ésta la preocupación fundamental de Azócar. No obstante, la isla vive en las páginas de su novela con su verdor perenne, con sus rincones donde sobrevive una vegetación frondosa, con su clima húmedo, con sus lluvias copiosas en invierno y sus días diáfanos en verano, con sus caseríos achatados donde se mueve un mundo de seres empequeñecidos por la rutina y las intrigas.

Si afirmamos anteriormente que Azócar parece rehuir el lirismo descriptivo que hace difusas las novelas, sabe, en cambio, dar el toque pictórico indispensable para que la evocación se produzca exacta en la mente del lector; apunta entonces el prosista sobrio que sofrena el fervor eufónico: «Los días del invierno pasan con su carga de lluvias y de viento, bajo los truenos, bajo la negra esponja de un cielo que se mueve al acorde del océano embravecido». Si antes nos dió la descripción geográfica de la isla con la exactitud de un texto de enseñanza, tenemos ahora su pintura en trazos esenciales. La frondosidad descriptiva sólo se justifica como un medio de allegar páginas a fin de dar la impresión de volumen y densidad.

Y esta novela tiene volumen y densidad, porque en la ur-

diembre de su trama se mueven numerosos personajes en un abigarramiento de intrigas y pasioncillas que los engrandecen y empequeñecen según el vaivén de los acontecimientos. No obstante tanta la exigüidad de este mundo lugareño, hay en él un singular interés humano. He aquí, a nuestro juicio, el mayor valor de esta novela. Sabe Azócar infundir vibración vital a almas grises, uniformadas por preocupaciones vulgares; les da tal contextura que ellas sobreviven más allá de la mera ficción o de la escueta realidad. Se mueven los personajes en una trabazón inextricable, pero humana. Las tragedias estallan violentas, en algunos casos; se insinúan, en otros; los personajes aparecen, se pierden, reaparecen, mueren; y siempre la isla con su verdor perenne, sus cerros típicos, sus lluvias pertinaces. En un mundo tan pequeño e insignificante, el milagro de la creación artística se ha producido. No es, pues, indispensable grandes escenarios ni almas grandes para que el artista amase sus creaciones.

Mover seres humanos, sean reales o ficticios, y diferenciarlos mediante sus características psíquicas, es acaso la virtud mayor del novelista; y si a ello une la gracia de la forma, la realización es lograda. Tal en la novela de Rubén Azócar. Ha tenido él una preocupación especial por el estilo. Realiza el ideal de la frase corta, elíptica, sin llegar a la mezquindad expresiva, a la frase acezante. Le ha quitado sí la cadencia peculiar a la índole del idioma; pero ello está bien porque ha modernizado el Castellano. Llama la atención esta frase corta en que va repitiendo el sujeto a fin de eliminar los elementos relativos. Maestría a la que se llega después de una prolongada disciplina literaria. Como Azorín, opta por la frase breve después de una larga frecuentación con los clásicos.

Como viejos conocidos quedarán en nuestro recuerdo los nombres de Antonio Andrade, Urruztarrazu, el Cura, Enérico Vera, Adelaida Vera, Remigio Cárdenas, Ricardo Klausse, Lorenzo Andrade, etc., gente mezquina, intrigante, lasciva, abusadora, y por sobre todo ellos, el muchacho Lorenzo, con su fe-

roz tragedia al enamorarse de su tía, navegando por los mares infinitos en el misterioso Calcucho de la leyenda chilota.

«Gente en la Isla» de Rubén Azócar es, por los méritos que he pretendido poner de relieve, una novela que prestigia las letras chilenas, y que vivirá junto a las mejores obras nacionales.

—MILTON ROSSEL.